



EL ALMENDARES,

PERIÓDICO LITERARIO, RELIGIOSO, PINTORESCO, MORAL, INSTRUCTIVO, DE MODAS Y ANEDÓTICO.

TOMO III.

HABANA: MAYO 1º DE 1853.

ENTREGA VIII.

DEL DESTINO DE LA POESIA EN EL SIGLO XIX.



A condicion del poeta sobre la tierra es la de *cantar*, espresion metafórica, que quiere tanto decir, como comunicar á los demas ideas y afectos, que, aun cuando sean los mismos que pudieran nacer en el entendimiento de cualquiera otro, solo á *él* le es concedido revestirlos de una novedad indefinible; solo *él* puede infundirles, con el poder creador de su ingenio, aquel encanto y vida, aquella aureola de luz y de gracia que rodea toda produccion, digna de llamarse poética; y que constituye la mas decisiva y triunfante prueba de que la mente humana es un rayo, una emanacion inmediata de la mente soberana de Dios.

El poeta nace: el talento poético es un don gratuito del cielo, que se puede pulir, perfec-

cionar, mas no formar: muchas veces permanece adormecido por falta de ocasion que lo despierte: ¡cuántos poetas habrán muerto ignorando que lo eran! Mas cuando se manifiesta este don, como es espontáneo, hace cantar al poeta, bien sea en verso ó en prosa, en asunto serio ó ridículo, con palabras vivificantes y armoniosas, tales, que nos cautivan, muchas veces á nuestro pesar, y de una manera tan fácil, como quien hace cosa que le es ingénita por naturaleza, como murmura el rio en las quebradas, como nada el pez en el agua, como trina el ruiseñor en las selvas. Los portentos y horrores del mundo físico, las pasiones de buena ó mala ley que agitan al hombre, los acontecimientos prósperos ó adversos de la humana especie, entran en la fecundante y ardiente frágua de la imaginacion del poeta, como otros tantos elementos de inspiracion, que luego los devuelve al mundo, transformados en peregrinas creaciones, en figuras palpables, en realidades cuasi tan animadas como los ob-

jetos mismos que vemos y tocamos diariamente, y aun mas gratas y apacibles para nosotros, porque sentimos cierto noble orgullo en pertenecer á la misma raza del ente semi-divino, que ha sido capaz de producir semejantes maravillas. Ahí están si no los personajes fantásticos de Homero, de Ariosto, de Milton, de Cervantes, y Calderon, de los cuales nos acordamos con tan prolija especialidad, como si hubieran vivido en efecto, como si los hubiéramos conocido y tratado con la mas íntima y familiar confianza. Llega á tal grado el poder fascinador de este don celeste, que todavía en la Mancha mucha gente cree que existió el héroe de Cervantes, y en Londres, cuando Richardson publicaba los primeros tomos de su admirable *Clarisa*, le llovían cartas de algunas almas tiernas y sensibles, empeñándose con él para que deparara una suerte feliz á la virtuosa Clara: merced á la musa caballeresca é histórica de Gualterio Scott, hoy ofrece la Escocia al forastero que la visita, el mismo poderoso prestigio de recuerdos que la poética Italia, porque no hay en ella monte, lago, torrente, ciudad ó ruina de monasterio ó castillo feudal, que no esté tocado de la magia que les comunicó el poeta en sus cantos y novelas.

Ahora bien: el hombre, dueño de facultad tan maravillosa ¿no será responsable del empleo que haga de ella? Y hoy principalmente? Sabedor el poeta del estenso influjo que en la muchedumbre ejercen los principios morales que profese en sus ficciones ¿no tendrá derecho la sociedad en que viva de tomarle cuenta del uso que haga como *hombre* de su ingenio, así como lo tiene la crítica literaria para pesar el mérito que como *artista* tenga en sus obras?

Sí lo tiene,—porque el poeta no es un ser aparte de su especie; porque, á pesar de que ocupa el grado mas alto en la escala de las criaturas humanas, por el privilegio imprescriptible que le da su claro entendimiento, y aunque sirva él de eslabon para enlazarlas con la Divinidad;—con todo eso, no es todavía ángel, no es morador del cielo; pertenece aun á la humanidad; á ella van á buscar eco sus himnos; ella es el único juez competente de sus aciertos ó extravíos; de ella sola, en fin, espera la gloria, que es el sublime y el mas apetecido galardón del poeta.

Luego, si la sociedad tiene derechos que exigir de sus ingenios, y el poeta deberes que cumplir como tal ¿cuál será la misión del poeta, y del poeta castellano, concretándonos á la época actual y á los tiempos trabajosos que ha alcanzado la gran familia española?

Antes de resolver esta importante cuestion, examinemos por encima, y rápidamente, el carácter de nuestra época.

El impulso violento que dió á los espíritus en Francia la filosofía escéptica del si-

glo XVIII, y que con otras causas, produjeron el tremendo sacudimiento revolucionario del año 89, conmovió tambien á las naciones del Mediodía de Europa. La universalidad de la lengua francesa, la frecuente comunicacion de este pueblo con los pueblos rayanos, y mas que todo, la rápida circulacion de sus libros, folletos y periódicos, fueron eficacísima parte para inocular hasta en la católica y livítica España los principios de aquellos enérgicos y resueltos innovadores. ¡Cosaladmirable! por las universidades *Reales y Pontificias*, y por las secretarías del Despacho, se hicieron las primeras importaciones en España del materialismo filosófico de Voltaire y su escuela:—los cate-dráticos y los escolares de Salamanca devoraban á porfía los libros franceses que á hurtadillas podía proporcionarles un astuto contrabando, y los Ministros mas graves del piadoso Carlos III, los condes de Aranda, de Florida-Blanca, de Campomanes, seguían correspondencia tirada con los incrédulos enciclopedistas de Paris. Ciertó es que sus ideas no se trasfundían de estas alturas sociales á las capas secundarias de la poblacion: la muchedumbre se conservaba impenetrable á ellas, y ya era muy entrado el siglo XIX, cuando todavía guardaba intactas y con toda su candorosa frescura las creencias morales y religiosas del siglo XIV: la inteligencia nacional dormía sueño tan profundo que necesitó, para despertar, todo el horroroso estrépito de una invasion extranjera....

Despertó por último, y animada de una insaciable curiosidad, desde entónces ánsia por imponerse de lo que ha pasado en el mundo desde que se durmió: todo lo quiere saber, de todo se informa, todo lo ensaya. Abrazó, todavía soñolienta, las doctrinas incompletas y crudas del filosofismo extranjero, deslumbrada por su aparente brillantez, y adoptó, sin previo exámen, sin método científico, con la misma buena fé y el candor de un niño, que le son característicos, todas sus rigurosas deducciones, esponiéndose así, á sufrir tambien sus desorganizadoras y funestas consecuencias.... ¡consecuencias que todavia hoy se sienten en Francia, y lamentan con dolor sus mas ilustres escritores!

Es, pues, el rasgo mas notable del carácter de nuestros dias tales cuales los han traído las causas referidas en Francia y las demas naciones del sur de Europa, una agitacion, una inquietud moral, vaga y cavilosa, de la que es apagado reflejo el *Renato*, de Chateaubriand; y una viva personificacion el *Manfredo*, de Byron, poeta, que (y bueno es advertirlo de paso) no pertenece al tipo de moralidad inglesa. Mas cuenta con no equivocar esta agitacion vaga de los pueblos meridionales de Europa y América, que todavia no han encontra-

do su punto de apoyo social, con la contienda general política que reina en cuasi todo el mundo, pues aquella no se estiende, por envidiable escepcion, á las naciones septentrionales de uno y otro continente. En ellas puede haber, y hay, guerras de partidos, y aun revoluciones, pero estas son, por decirlo así, siempre esternas, puramente *civiles*, por alcanzar tal ó cual ventaja material y positiva; lo cual no es esotra agitacion de Francia, que tan bien pintan los jóvenes poetas y novelistas de su nueva escuela literaria,—agitacion que nace del aniquilamiento del principio religioso, que ha dejado sin base segura la moralidad del pueblo, y que, sembrando un pirronismo estéril y desesperado en las almas, las ha condenado á tormentos intelectuales y morales sin fin (1). De aquí resulta que franceses, españoles é italianos, se estravían todos en un perdurable devaneo, y ni aun saben lo que han de desear; que, en medio de la desvergonzada behetria de ideas y sentimientos en que se agitan los ánimos, y por entre el adulterio, la crápula, y todo linage de torpe sensualidad, aparece y se levanta el suicidio, como último é irremediable síntoma del cáncer que devora y corroe la sociedad.

Y se matan los hombres de aburridos: carecen de la fuerza vivificante y viril de la fé; se les apaga en tibio y pálido horizonte la luz de la esperanza; y la conviccion íntima de su propia miseria, estingue en sus pechos vacíos la caridad, aquella llama de amor infinito por nuestra especie, que inspiró á un poeta romano este verso inmortal:

Homo sum: humani nihil a me alienum...

Fieles representantes de esta angustiosa crisis son en Francia los famosos Alejandro Dumas, Jorge Sand, Balzac, Alfredo Devigny, y otros muchos, que en sus obras nos ofrecen un contraste verdaderamente lamentable, pues se ven los mas hermosos y brillantes destellos del ingenio humano, sirviendo de intérpretes á la mas desenfrenada y repugnante concupiscencia. En nuestra España, los dos poetas que mas se han distinguido entre sus jóvenes compañeros, por las felices y acabadas producciones de su talento, Larra y García Gutierrez, tienen tambien el sello de maldiccion que distingue á esta literatura de réprobos, copia y modelo á la vez de la corrupcion de las costumbres: el primero, coronó ademas con su funesto y consecuente suicidio la saciedad de la vida que ya demostraba en sus últimos artículos, y fué una nueva ilustre víctima

sacrificada á la ciega divinidad que preside á este caos moral é intelectual. Y no se diga, como lo repiten en coro sin reflexion, someros é irreflexivos criticos, que la culpa de todo la tiene la fórmula literaria, que con el nombre de *romanticismo*, han adoptado los jóvenes literatos francés y españoles: nada tiene que ver el *modo artístico* de hacer una novela ó un drama con la *esencia* de las ideas morales que en ellos se ponga: nadie es mas inmoral y obsceno que el clásico Voltaire en sus *Cuentos filósofos*, ni mas puro y moral que Manzoni, jefe de la escuela *romántica* italiana: dejamos indicado atrás los verdaderos orígenes del mal que nos aqueja.

¿Qué tiene que hacer, pues, en medio de esta sociedad, en esta época, cuyo carácter acabamos de bosquejar, un verdadero poeta castellano, de voz armoniosa, de corazon ardiente y mente pensadora?—¿Seguir acaso, menguado y servil imitador de modelos incompletos, de bellezas parciales, que por mas primorosamente trabajadas que sean, no ofrecen, como el célebre *torso* antiguo, resto sin concluir del hábil cincel griego, mas que un cuerpo informe y mutilado?—¿Renunciará á la inapreciable nacionalidad de su ingenio, dote que le da mayor y mas original realce, declarándose adepto entusiasta y humilde discípulo de Víctor Hugo, de Goethe ó de lord Byron?—No: él mismo será su escuela: él se formará su *esthétique* peculiar, sin cuidarse de clásicos ni románticos, rancia nomenclatura que ya pasó, y que de nada sirve; hará que la lengua castellana *resplandeciente como el oro puro, y sonora como la plata* (1) y en toda su pulcritud, pero tambien en toda su libertad, sirva de magnífico engaste á sus concepciones... Estas no serán hijas del acaso, ni abortos informes de una mente ociosa y sin cultura, sino frutos necesarios y consiguientes de un orden fijo de ideas, al cual lo habrá conducido el estudio previo y profundo de la humanidad y de sus destinos: destinos que una filosofía elevada y trascendente, guiada por la luz de la historia, nos enseña que pueden ser gobernados á ciegas por la *fuerza del sino*, como plugo empíricamente inculcarlo, en un interesantísimo drama á un noble cordovés, que por su turco fatalismo mas bien da muestras de jaque musulman, que de caballero cristiano (2).

No imitará tampoco, como lo hace Zorrilla, el mas eminente de nuestros jóvenes poetas líricos, la mística abnegacion de Lamartine, ó el aburrimiento antisocial é hipocondriaco de Byron, en lo cual malgasta este mozo la ar-

(1) Reynal.

(2) La justicia ecsige que digamos que en el *Moro Espósito*, el mismo ilustrado poeta profesa principios morales del mas acendrado cristianismo.

(1) *Pirronismo*, decimos de propósito, y no *escepticismo*; porque los franceses del día no creen ni en la incredulidad.

monía y dulzura de su versificación y las hechiceras imágenes de su fecunda fantasía. No maldecirá de su suerte, ni repetirá de varios modos y en distintos metros, que el poeta es una especie de *ángel caído* y que su *misión* sobre la tierra es lamentar perdurablemente la ausencia que sufre del cielo patrio, y las cuitas y malandanzas que en su peregrinación por este valle de lágrimas le hacen sufrir los perversos hijos de Adán.

Antes que poeta se considerará hombre, y en calidad de tal empleará todas las fuerzas de su ingenio en cooperar, con los demás artistas y filósofos del siglo, que sean dignos de llamarse hombre, es decir, que se sientan con bríos de tal, y encierren en sus pechos corazones enteros y varoniles, á la mejora de la condición de sus semejantes, generalizando entre ellos ideas exactas y sanas, de moralidad y de religión: para conseguirlo, se revestirá de un espíritu militante y denodado, y en vez de renegar cobardemente de la humanidad, y abandonarla con villanía al verla degradada, ó de

encerrarse en un prosáico egoísmo, que solo le inspire anacreónticas sensuales, elegias empalagosas ó poemas delirantes y estrafalarios, en que él mismo sea su musa y su héroe,—con voz sonora y persuasiva elocuencia enseñará la virtud al ignorante; confundirá al malvado; dará enérgico y poderoso conhorto al desvalido, y empeñará, en fin, récia y perenne lucha en favor de esa misma humanidad tan calumniada, y tan digna de la sublime lástima del poeta.

Hé aquí su verdadera *misión* en el siglo XIX, siglo de ideas graves; y predestinado á resolver en su curso grandes y terribles problemas; todo en él, pues, debe tomar un carácter profundo y trascendental, y la poesía, mas que todo: de lo contrario, habrá que rebajarla á la triste opinión que de ella tuvo el sensualista Bentham, y mirarla como un juguete pueril, perjudicial á veces, cuando no sea insignificante é inútil.

Domingo del Monte.

UN SUSPIRO.

A N....

Como una flor sin perfume,
Sin color y sin aliento,
Que hace pedazos el viento
Antes casi de nacer,
Azucena misteriosa,
Con que en mis sueños deliro,
Recibe un hondo suspiro
Que no puedo detener.

Tal vez, cuando llegue á tí,
Con la brisa confundido,
Como es mi eco perdido
No sentirás su impresión.
Tal vez desvanecerá
La ráfaga voluptuosa,
Emanación tan preciosa
Del herido corazón.

Más no importa que se pierda
Entre el bullicio mundano,
Como un átomo liviano
Ya convertido en vapor:
Que en agitado mundo
Acaso cuando se lanza
Va sin fé, sin esperanza,
Mas va respirando.... amor.

Yo no sé si al escaparse
Desde el alma comprimida,
Pudieron prestarle vida
Mi placer, ó mi dolor.
Que los suspiros son flores
Que deben su nacimiento
Al gozo ó al sentimiento,
Al fastidio ó al amor.

Un suspiro, vírgen mia,
Es la expresión mas hermosa,
Con que un alma pesarosa
Se puede dar á entender.
Es la llama fugitiva,

Que al desprenderse ligera,
De mas reprimida hoguera
Revela el oculto ser.

Un suspiro es un acento,
Dulce, armonioso y querido,
Sin intención concebido,
Exhalado sin sentir.

Como á un casual movimiento
Herida el arpa á deshora,
De su cuerda mas sonora
El eco se deja oír.

Nada es mas bello que él,
Nada el mundo le iguala,
Que en un suspiro resbala,
Puro el aliento vital.

Porque se escapa del labio
Como la primera gota,
Que límpida y blanca brota,
De un fecundo manantial.

Es un gemido espontáneo,
Melancólico y sentido,
Que del pecho comprimido
Espacio sale á buscar.

Que un apagado suspiro
Es la expresión elocuente
Del corazón cuando siente,
Y le es forzoso callar.

Esa tierna emanación
Es la voz del sentimiento,
Con que el rico pensamiento
Suele acompañar su afán:

Que los suspiros que lanza
Un espíritu sin calma,
¡Ay! son pedazos del alma,
Que desprendiéndose van.

ANTONIO F. DE VELASCO.

¡AMOR Y RELIGION!



S es que existe alguna felicidad en la tierra, está encerrada en los dos nombres que encabezan este artículo. ¡Amor y religion! Hé aquí dos cosas que hacen llevadera la vida del mortal, y en las cuales puede esperar y confiar. El hombre que no ama, que nunca ha amado porque su corazón insensible y material, no es capaz de abrigar tan noble sentimiento, es un ente miserable y digno de compasión. ¿Con quién compartirá sus penas, sus goces, su satisfacción? ¿A quién hará partícipe de sus sentimientos? ¿Quién lo consolará en sus aflicciones? ¿Por ventura buscará un *amigo* á quien abrir su corazón, llorará con él, gozará con él, confiará sus mas íntimos secretos? Insensata! Desgraciadamente para la humanidad, ya hoy podemos decir, que es una felicidad muy grande hallar un amigo que sea sincero y puro en su afecto, que no sea un Judas cubierto con el antifaz de la sacrosanta amistad, y que podamos con toda confianza abrirle nuestro corazón. Cada día recibimos nuevos desengaños de infinitos que se titulaban nuestros amigos, y que no vacilarían, tal vez, entregarnos vilmente á nuestros enemigos.... ¿Y será á uno de esos á quien escogerse pueda para que sea el compañero en nuestros infortunios y pesares? No!... Infeliz del que se franquea con uno de esos advenedizos que con la sonrisa mas hipócrita en los labios, vienen brindándonos amistad y afecto....

Amémos á un ser que haga felices nuestros días sobre la tierra, que nos colme de ventura con un amor puro y casto, con una de esas pasiones ardientes, pero que nada de impuras tienen. Entreguemos nuestro corazón á una mujer que nos ame y que sepa comprender nuestro cariño, que sepa corresponder delicadamente á las pruebas de amor que le demos, y que jamás desmientan sus labios lo que un día nos dijera con el corazón. Y en medio de tanta felicidad, palpando real y verdaderamente nuestra infinita dicha, y embriagados con la posesión de tanto amor, si la fatídica desgracia viene á herir nuestro corazón con algun infortunio, á oprimirnos con su diestra impia, ese ángel de paz y de venturanza, esa mujer que es la compañera que eligiéramos acertadamente, y que nos entregara su puro y tierno corazón, ese ser mitigará nuestra pesadumbre, ella sabrá enjugar nuestras lágrimas, y nuestro desconsuelo se aliviará; reclinaremos nuestra aba-

tida y agoviada frente sobre su puro y virginal seno, y al considerar tanto amor, tanta paciencia, y tanta dulzura, todo por aquel momento lo olvidaremos, y en brazos del amor nos entregaremos á nuestra felicidad. Bendita una y mil veces la mujer que sabe dar cumplimiento á los deberes y compromisos que contrae cuando une su existencia á la del hombre que la idolatra, y que también le ha consagrado su porvenir y su vida.... ¡Oh placer inefable y sublime! ¡Oh felicidad la mas grande de todas! Amar con todo el fuego de nuestra alma, adorar á una mujer y de hinojos jurarla nuestro inmenso amor, presentarla nuestro cariño y adoración, y leer en sus celestiales ojos la correspondencia de nuestra pasión, verla amorosa, tierna, llena de afecto.... Mi pluma tiembla y me ajita la emoción.... mi pecho late con violencia, me estremezco al pintar este cuadro de amor y venturanza, y me veo arrastrado por la llama volcánica que alimenta mi corazón de diez y nueve años....

Moderando los impetuosos arranques de mi fogosidad, continúo considerando con ménos entusiasmo, los beneficios y bienes que reportan al hombre de sentimientos nobles y honrados, la posesión de una mujer como la que mi tosca pluma ha pretendido retratar. El hombre de sentimientos religiosos, el que espera todos los consuelos de la religion del Crucificado, y el que jamás ha vacilado en su creencia iluminado por la antorcha de la fé, enlazada su existencia con la de un ser que forme su delicia, que le haga sobrellevar los mil pesares de la azarosa vida, y que sepa ser digna del afecto que á ella se le ha consagrado, podrá, es verdad, en el curso de su carrera, por el camino de la vida, verse asaltado por los pesares y penalidades, verá, tal vez oscurecerse el horizonte de su dichosa existencia, por alguna negra nube precursora de la tempestad, pero también estará á su lado un bello ángel que lo protegerá con sus alas, le abrirá sus amorosos brazos y enjugará las lágrimas que se desprendan de los ojos del ídolo de su amor. Este hombre solo, sin un corazón que lo consolase en su dolor, falto del amparo y protección de una mujer tierna y sensible que le acojiese en su seno, que lo persuadiese y le evitara caer en la desesperación, miraría en torno de sí, y todo lo encontraría aislado, todos lo abandonarían, temiendo contagiarse con la desgracia, y no contando con el apoyo y el auxilio de la religion, no habiendo confiado jamás en ella, se hallaría rodeado de densas tinieblas, sin una luz que lo guiase por el recto sendero de la virtud y la religion, débil, sin creencia alguna, dudando

de todo, se arrojaría frenético en brazos del desconsuelo y desesperacion, y tal vez, cometiendo el acto mas abominable que pueden hacer los hombres, pondría fin á su existencia y derecho caería en el abismo de la eterna perdicion.

¿Qué es el hombre sin religion? Qué será de él? En quién confiará, de quién aguardará auxilio en sus infortunios? Será un ser misero, immoral, incrédulo, corrompido, traidor, mal hijo, mal padre, mal esposo, mal hermano; será, en fin, un desgraciado que no le restará en el mundo mas que tormentos y desesperaciones. Incapaz de consagrar el menor afecto á ninguno de sus semejantes, no podrá dedicar su cariño á ninguna muger que sea pura y de sentimientos nobles. Jamás podrá comprender al amor ni lo que este en sí encierra, se mofará de él, despreciándolo, y no concediéndole otra cosa mas que la bestial immoralidad y obscenidad. Egoísta y material, no tendrá otros goces mas que los positivos y reales, arrojando lejos de sí los placeres del alma y el corazón, porque de ellos nada espera, y nada agradable les encuentra. Imposible será que un hombre que desconoce los beneficios que á la humanidad presta la sublime religion, pueda ser capaz de abrigar una de esas nobles y sublimes pasiones que elevan al alma y la engrandecen. Imposible que pueda sentir la llama del amor arder en su pecho: imposible que crea en la virtud de las mugeres, pues que todo lo mira con los ojos del escepticismo, y últimamente, imposible que espere otra cosa de la muger que la satisfaccion de sus inmorales apetitos. El amor no puede subsistir en un corazón que no abraza la menor creencia religiosa, y sin la una no puede encontrarse al otro. Donde no hay religion, no hay amor; donde no hay religion, hay immoralidad, y el amor verdadero no simpatiza con el menor sentimiento immoral. ¡Desgraciada la muger que fíe en las perversas y malignas palabras de un ateo é immoral! Desgraciada para siempre! Verá marchitarse la

fragante y pura flor de su inocencia por el ponzoñoso hálito del seductor immoral é irreligioso. Desconfiad, bellas é inocentes hijas de la patria mia, no os dejeis cautivar por el primero que se os presenta jurándoos un amor eterno, y prometiándoos fidelidad y adoracion por toda su vida! No deis crédito al infame y vil seductor que se presenta con almivarada sonrisa á quitaros lo mas precioso que poseéis! Ningun castigo hay bastante terrible para el que, sin el menor escrúpulo ni temor, se acerca á una inocente é incauta virgen, que ningun daño le ha causado, y con el mayor desenfreno y arrojó, se constituye en verdugo de la inocencia de la tierna y candorosa niña, que ha fiado en su honor y en sus juramentos.... Honor! no lo posee el malvado..... Juramentos! se burla de ellos. El desgraciado no aspira á otra cosa que á satisfacer sus vicios y desenfrenos. Sin religion, sin patria, sin conmiseracion, verá á sus inmundas plantas arrastrarse, suplicante y llorosa, á su víctima, y con una sonrisa de desprecio la volverá la espalda sin escuchar los clamores de la infortunada, que si escuchó sus falaces palabras, é irá á cebar su furia en alguna otra cándida niña. Maldicion sobre tal mónstruo! Maldicion sobre él!....

Amor y religion! Vosotros sois el consuelo de los mortales, á quienes el aliento de la corrupcion y la immoralidad no ha emponzoñado. Vosotros dais el contento y la satisfaccion á los honrados y nobles corazones, y sois el báculo en que se sostienen la virtud y la esperanza. Sin vuestro auxilio, ¿qué sería de los mortales! ¿qué de la vida! El mundo sería un páramo desierto encubierto de luto y desolacion; la immoralidad y el vicio se pasearían triunfantes entre los hombres, y recibirían los homenajes y reverencia de la humanidad entera. Amor y religion, vosotros teneis un preferente lugar en mi corazón, y de vosotros espero toda la felicidad y ventura que pueda hallar en la carrera espinosa de mi futura vida.

F. de P. Gelabert.

A LA CRUZ DEL INDIO.

¡Emblema fiel del drama sacrosanto
Que principió en Belén de gozo lleno
Y terminó en el Gólgota sereno
Vertiendo amargo y abundoso llanto!

Yo aquí te ofrezco un religioso canto
Nacido en lo mas hondo de mi seno,
Sin que lo manche mundanal veneno,
Bañado todo en celestial encanto....

A tu presencia puesto de rodillas
Contemplo un bello porvenir riente,
Surcan lágrimas mil por mis mejillas,
Bendigo al Creador Omnipotente;
Y en ansias de un contento mas profundo
Me burlo de las dichas de este mundo.

Andrés Diaz.

(Mayo 16: 1853.)

UN RECUERDO.

¿Tú recuerdas, mi bien, virgen querida,
La noche aquella en que tan dulces lazos
Nos unieron felices, y en mis brazos
Mas bella que la flor te ví dormida?

¿Y recuerdas tambien que allí la herida
Del corazón me viste hecho pedazos,
Y entre suspiros mil y mil abrazos
Feliz me hiciste apetecer la vida?

Pues esa noche fiel que á tu memoria
Hoy vengo á recordar con tanto fuego,
Es de mi dulce, enamorada historia,

La página mejor á que me entrego,
Es el poema, en fin, de eterna gloria
Que adoro y canto en mi delirio ciego.

J. F. Centeno.

(Mayo 21: 1853.)

SECCION PARA LOS NIÑOS.

CUENTOS DE CARLOS PERRAULT.

(TRADUCIDOS DEL FRANCÉS.)

CUENTO CUARTO.

CENICIENTA, O LA ZAPATILLA DE CRISTAL.

Había en una ocasión un gentil-hombre que casó en segundas nupcias con una mujer la más activa y orgullosa que se había visto nunca. Tenía esta dos hijas lo mismo que ella, y que se la parecían en todo. El marido tenía también una hija, pero de una dulzura y bondad sin ejemplo; se parecía en esto á su madre, que era la mejor mujer del mundo.

Apenas se casaron, hizo estallar su mal humor la madrastra, no pudiendo sufrir las buenas cualidades de aquella hija, que hacía á las suyas aun más aborrecibles. La encargó las ocupaciones más bajas de la casa; ella era quien limpiaba la vajilla y las escaleras, quien limpiaba el cuarto de la señora y sus hijas, durmiendo arriba en un granero sobre un mal jergón, mientras que sus hermanas estaban en cuartos entarimados, donde tenían camas muy elegantes y espejos donde se miraban de pies á cabeza. La pobre joven lo sufría todo con paciencia y no se atrevía á quejarse á su padre, que la hubiera reprendido, pues su mujer le dominaba enteramente. Cuando concluía su tarea, se ponía en un rincón de la chimenea, sentada en las cenizas, por lo que comúnmente la llamaban Cenicienta. Sin embargo, Cenicienta, con sus vestidos malos, no dejaba por eso de ser cien veces más bella que sus hermanas, aunque magníficamente vestidas.

Sucedió que el hijo del Rey dió un baile, al que convidó á todas las personas notables, invitando también á nuestras dos señoritas, que hacían gran viso en el país. Hélas ya muy ocupadas en elegir los vestidos y adornos que les sentarían mejor. Nuevo trabajo para Cenicienta, que tenía que pasar la ropa de sus hermanas y almidonar las mangas. No hablaban más que del modo como se habían de vestir. —“Yo, decía la mayor, me pondré el vestido de terciopelo encarnado y mi guarnición á la inglesa. —Pues yo, dijo la menor, llevaré mi vestido ordinario, pero en cambio, me pondré el capotillo floreado de oro y mi aderezo de diamantes, que no es de los peores.” —Enviaron á buscar al peluquero para que las arreglase el tocado, y compraron lunares muy bien hechos. Llamaron á Cenicienta para pedirle su parecer, pues tenía muy buen gusto, y esta las aconsejó lo mejor, y aun se ofreció á peinarlas, lo cual aceptaron. Mientras las peinaba, la decían:

—Cenicienta, ¿irás de buena gana al baile?

—¡Ay! señoritas, os burláis de mí: no es eso lo que me hace falta.

—Tienes razón, pues se reirían mucho si vieran á una Cenicienta ir al baile.

Otra que no hubiera sido ella las hubiera peinado mal; pero era tan buena que las peinó perfectamente. Cerca de dos días estuvieron sin comer de alegría. Rompieron más de doce cordones para apretarse el talle, y siempre estaban mirándose al espejo. En fin, llegó el día feliz, y partieron, siguiéndolas Cenicienta con la vista todo el tiempo que pudo. Cuando las dejó de ver, se echó á llorar. Su madrina, que la vio llorando, la preguntó qué tenía.

—Desearía... deseería... y lloraba tanto, que no pudo acabar.

Su madrina, que era hada, la dijo:

—¿Desearías ir al baile, no es verdad?

—¡Ay! sí, dijo Cenicienta suspirando.

—Pues bien, dijo su madrina, si eres buena, irás.

La llevó á su cuarto, y la dijo:

—Vé al jardín y tráeme una calabaza.

La Cenicienta fué al instante á cojer la mejor que encontró, y la llevó á su madrina, no pudiendo adivinar cómo la calabaza la haría ir al baile. Su madrina la huecó, y no dejando más que la corteza, la dió con su varita, y al momento se convirtió la calabaza en un magnífico coche dorado. En seguida fué á la ratonera, donde, hallando seis ratones aun vivos, dijo á Cenicienta que levantara un poco las puertas, y á cada raton que salía le daba un golpe con su varita, convirtiéndose en seguida en un hermoso caballo, y así tuvo un magnífico tiro de seis caballos tordillos. Como no sabía de qué hacer un cochero, dijo Cenicienta, voy á ver si hay algún raton en la ratonera y haremos de él un cochero. —Tienes razón, dijo su madrina, vé á ver.

Cenicienta le llevó la ratonera, donde había tres ratones grandes, y la hada cogió uno de los tres, que tenía buena barba, y tocándole, se transformó en un gran cochero con unos bigotes muy buenos. En seguida la dijo:

—Vé al jardín y tráeme seis lagartos, que encontrarás detrás de la regadera.

Apenas los llevó, cuando su madrina los convirtió en seis lacayos, que subieron á la trasera del coche con sus vestidos galoneados y que se tenían tan bien como si no hubiesen hecho otra cosa en toda su vida. Entonces dijo el hada á Cenicienta:

—Ahora bien! ahí tienes con qué ir al baile; ¿estás contenta?

—Sí, pero iré así con este traje tan malo?

No hizo más que tocar la madrina con la varita, y al mismo tiempo sus vestidos se cambiaron en otros de tela de oro y plata, todo recamado de piedras; en seguida la dió un par de zapatillas de cristal muy bonita. Así dispuesta, subió en el coche; pero su madrina la recomendó, ante todo, que viniese antes de las doce de la noche, advirtiéndola que si permanecía en el baile un momento más, su coche se volvería calabaza, los caballos ratones, los lacayos lagartos, y sus vestidos tomarían su primera forma. Prometió á su madrina que saldría del baile antes de las doce, y partió sumamente gozosa.

El hijo del Rey, á quien dieron parte de la llegada de una gran princesa que no conocían, fué á recibirla dándole la mano para bajar del carruaje, y la llevó al salón donde estaba la sociedad. Entonces hubo un gran silencio; cesaron de bailar y de tocar los violines para contemplar la gran belleza de aquella desconocida. No se oía más que el ruido confuso de ¡qué hermosa es! El mismo Rey, aunque era viejo, no cesaba de mirarla, diciendo por lo bajo á la Reina, que hacía mucho tiempo que no había visto una joven tan bella y tan amable. Todas las damas examinaban atentamente su adorno y su traje para ver si podían hacerse al día siguiente otros iguales, si encontraban telas tan bonitas y artistas tan hábiles. El hijo del Rey la llevó al sitio más honorífico, y en seguida la sacó á bailar, haciéndolo con tanta gracia, que se admi-

raron aun mas. Llevaron un refresco muy bueno, que el jóven Príncipe no probó, pues estaba muy entretenido en examinarla. Fué á sentarse junto á sus hermanas, y las colmó de atenciones, obsequiándolas con naranjas y limones que la había dado el Príncipe, lo que les asombró mucho, porque no la conocían. Estando hablando oyó, la Cenicienta dar las doce menos cuarto, y haciendo un gran saludo á la sociedad, se fué lo mas pronto que pudo. En cuanto llegó fué á ver á su madrina, y dejando de darle las gracias, la dijo que desearía mucho ir al día siguiente al baile á que le había convidado el Príncipe. Estando muy ocupada en contar á su madrina lo que la había pasado en el baile, llamaron las dos hermanas á la puerta: la Cenicienta fué á abrir.

—¡Cuánto habeis tardado! les dijo bostezando frotándose los ojos y estirándose como si se acabase de despertar, sin embargo de que no habían tenido ganas de dormir desde que se habían separado.

—Si hubiéses venido al baile no te hubieras fastidiado, la dijo una de sus hermanas; mira, ha ido una Princesa, la mas linda que se ha visto nunca, nos ha hecho mil cumplimientos y nos ha dado naranjas y limones.

La Cenicienta no cabía en sí de gozo, les preguntó el nombre de la Princesa, pero la respondieron que no la conocían; que el hijo del Rey lo sentía mucho, y que daría cualquiera cosa por saber quién era.

La Cenicienta se sonrió, y les dijo:

—¡Era, pues, tan bella? ¡Jesus! qué dichosa sois! ¿no podría yo verla? Ay! señorita Javotte, prestadme el vestido amarillo que os poneis todos los dias!

—Justamente, dijo la señorita Javotte, estoy de ese parecer; ¡prestar mi vestido á una mala Cenicienta como esta! sería preciso que estuviese loca.

La Cenicienta aguardaba esta respuesta, y se alegró mucho, porque se hubiera visto muy confusa, si su hermana hubiera consentido en prestarla su vestido.

Al día siguiente fueron las dos hermanas al baile, y la Cenicienta tambien, pero aun mas adornada que la primera vez.

El hijo del Rey estaba siempre junto á ella y no cesaba de decirla requiebros, que la jóven no se cansaba de oír, olvidando lo que la había mandado su madrina, de modo que al oír dar las doce, cuando creía que no eran mas que las once, se levantó y huyó tan ligera como una corza. El príncipe la siguió, mas no pudo alcanzarla. Dejó caer una zapatilla de cristal, que el Príncipe recogió cuidadosamente. La Cenicienta llegó á su casa muy desalentada, sin coche, sin lacayos y con sus vestidos malos, no habiéndola quedado de toda su magnificencia mas que una zapatilla de cristal compañera de la que se le había caído.

Preguntaron á los guardias de la puerta de palacio, si habían visto salir una Princesa, y contestaron que no habían visto salir mas que una jóven mal vestida que tenía mas trazas de aldeana que de señorita.

Cuando las dos hermanas volvieron del baile, la Cenicienta las preguntó si se habían divertido mucho, y si había estado aquella hermosa señora; la dijeron que sí, pero que se había ido al dar las doce, y tan aprisa, que había dejado caer una de sus zapatillas de cristal, muy bonita, que recogió el hijo del Rey, que no había hecho este mas que mirarla durante todo el baile, y que seguramente debía estar enamorado de la bella persona á quien pertenecía aquella zapatilla. Decían bien, porque poco tiempo despues, el hijo del Rey publicó, á son

de trompeta, que se casaría con aquella á quien le viniese la zapatilla. Empezaron á probársela las Princesas, despues las Duquesas, y toda la corte, pero en vano. La llevaron á casa de las dos hermanas, que hicieron todo lo posible por hacer entrar la zapatilla, pero no lo pudieron conseguir. La Cenicienta, que las estaba mirando, y que reconoció su zapatilla, dijo riéndose:—¡A ver si me viene!

Sus hermanas se echaron á reír, burlándose de ella.

El gentil-hombre, encargado de probar la zapatilla, habiéndola mirado con atencion, y encontrándola muy linda, dijo que era muy justo, y que tenía orden de que se la probasen todas las doncellas. Hizo sentar á Cenicienta, y acercando la zapatilla á su pequeño pié, vió que entraba sin dificultad y que la venía tan justa como si fuera de cera. El asombro de las dos hermanas fué grande, pero aun lo fué mas, cuando Cenicienta sacó de un bolsillo la otra zapatilla y se la puso. En esto llegó la madrina, y dando un golpe con su varita en los vestidos de la Cenicienta, los convirtió en otros aun mejores que todos los demas.

Entonces sus dos hermanas la reconocieron por la hermosa señora que había estado en el baile y se echaron á sus piés, pidiéndola perdon del maltrato y de todo lo que le habían hecho sufrir; pero la Cenicienta las levantó, y las dijo, abrazándolas, que las perdonaba de todo corazon y que las rogaba la amasen siempre.

Así adornada la llevaron á palacio. El jóven príncipe la halló aun mas hermosa que nunca y pocos dias despues se casó con ella. La Cenicienta, que era tan buena como hermosa, llevó sus dos hermanas á palacio y las casó el mismo dia con dos grandes señores de la corte.

MORALEJA.

Tesoro de gran valía,
queridas, es la belleza;
tesoro es cuya alabanza
no basta el hacerse lenguas.
Mas al natural gracejo
¿quién puede haber que se atreva
á poner precio por grande,
por inaudito que sea?
No lo ignoró la madrina
de la bella Cenicienta;
tales lecciones la dió
que al fin logró verla Reina.
Oid, las que sois hermosas,
lo que este cuento os enseña:
Don de hadas verdadero
y que os volverá hechiceras;
en mas os valdrá la gracia
que galas ni que preseas.
Sin ella no podreis nada;
todo lo podreis con ella.

OTRA MORALEJA.

Sin duda que es gran ventaja
nacer con cierto despejo,
y venir en línea recta
de esclarecidos abuelos;
tener valor y destreza
y claro el entendimiento,
amen de mil otras prendas
con que favorece el cielo,
á algunos de entre los hombres.
aunque en verdad que á los menos.
Mas tan envidiados dones
os podrán traer provecho
si un padrino ó una madrina
no vienen á hacerlos buenos?

PROXIMAS CARRERAS DE CABALLOS.

HISTORIA ANEDOTICA DEL CABALLO.



OS periódicos diarios se están ocupando con insistencia en la actualidad en las corridas de caballos que la sección de Agricultura de nuestra dignísima Sociedad Económica ha de ofrecer en el Campo de Marte en el ya tan próximo mes de junio, con objeto de fomentar la cria caballar entre nosotros, al mismo tiempo que consigue reunir algunos fondos para la plantación de una hacienda modelo á que asista la juventud de nuestros campos á instruirse en varios de los ramos de agricultura cubana, hoy demasiado descuidado entre nosotros, lo confesamos con sentimiento.

Las próximas corridas de caballos en el Campo de Marte ocupan ya, con justo motivo, la atención general, y teniéndolo así presente, debe creerse que un artículo sobre el caballo, sus propiedades, su historia, y salpicada de algunas anécdotas lúpidas que vienen hoy á la memoria y que narraré lo mas concisamente posible, debe creerse, repito, que será leído con el interés mas puro por los suscriptores todos de *El Almendares*, tanto en la Habana como en el interior de la Isla, razón que me impulsa á llevar adelante mi idea en las páginas de esta interesante publicación literaria.—Empezaré, pues.

El caballo en el estado doméstico, es, como con razón espresa Buffon, la conquista mas preciosa que el hombre ha podido hacer sobre el reino animal. Todos conocen y admiran las formas graciosas y simétricas, la ligereza, la fuerza, la docilidad de esta noble producción de la naturaleza; pero tal vez muy pocas personas han reflexionado la importancia del papel que desempeña en la historia de nuestra raza, y pocas tambien las que conocen, que si en la actualidad no nos encontramos en el estado de barbarie en que vivieron nuestros antepasados, si gozamos de todos los beneficios de la civilización, es en parte al caballo á quien somos deudores.

Nuestro reconocimiento, es preciso convenir, no se ha manifestado como debiera por las consideraciones á que es acreedor, siendo de temer el que caminando, como lo hacemos, con la rapidez del viento, sobre las alas del vapor, lleguemos á olvidar sus servicios.

Ni la historia sagrada ni la profana nos revelan en qué país fué el caballo sometido por la vez primera á la vida doméstica, ni tampoco el si se empleó en su origen para ar-

rastrar un peso ó para llevar un jinete; sin embargo, es presumible y aun probable, que se empleara en este doble objeto desde el principio de su domesticación y simultáneamente en varias partes del mundo. Lo mas difícil de comprender es la lentitud con que han llegado á la perfección actual los procedimientos é invenciones que se refieren al arte ecuestre y ciencia hippica.

Por mucho tiempo los griegos cultos, lo mismo que los pueblos mas groseros del Africa septentrional, montaron á caballo sin sillas ni bridas, guiando sus corredores por medio de la voz ó de la mano, ó por medio de una vara ligera. Tocaban al animal á la parte derecha ó izquierda de la cabeza para dirigirle en dirección opuesta; le detenían tocándole delante de la cara, y le obligaban á caminar comprimiéndole con el talón. Era preciso que los caballos estuvieran perfectamente enseñados para poderlos gobernar con medios tan sencillos en la violencia de la carrera, ó en el tumulto de las batallas; pero son tales la atención, docilidad y memoria de este animal, que es difícil determinar lo que puede obtenerse de él.

Se negaron á inventar las bridas y los frenos; y transcurrieron muchos siglos antes de usar nada que se pareciera á la verdadera silla. Los jinetes iban sentados sobre mantas ó mantillas sencillas ó acolchadas, sobre pieles de animales salvajes, por lo comun adornadas con lujo, pero siempre sin estribo. Es un hecho singular el que los romanos, en la época en que el lujo llegó entre ellos á su mayor apogeo, no discurrieran un medio tan sencillo para ayudar al jinete á montar, disminuir su fatiga y asegurar su equilibrio, aunque el hábito de mantenerse á caballo con las piernas pendientes suele producir incomodidades dolorosas. Examinando los bajos relieves antiguos, se ve que casi en todos los países los jinetes montaban por el lado derecho del animal, para poder agarrar mejor la crin que cae hacia esta parte: á pesar de esta autoridad clásica no se ha evitado el que se establezca y prevalezca universalmente el uso contrario.

Los héroes de la antigüedad saltaban en general sobre el dorso de sus corceles, ó bien su lanza, si es que la llevaban, tenía á unos dos pies de su extremo inferior, una espiga saliente que les servía de banquillo ó tarima. Algunas veces el caballo estaba enseñado á encorvar el cuello, á bajar su dorso y arrodillarse para recibir su jinete. En Roma, como en Grecia, tenían los magistrados la obligación de vigilar el que hubiera en los caminos, de

trecho en trecho, guardacantones ó trozos de piedra para que pudieran servir para montar. Los grandes, los magnates, encontraban mas adecuado y conveniente á su dignidad, servirse de banquillos vivos y montar á caballo poniendo el pié sobre el dorso de un esclavo postado: los que no podían tener este goce, llevaban consigo una escalera pequeña: ¡apéndice extraño del equipage del caballo!

La invencion de los estribos quitó al orgullo humano todo pretesto para prostituir la invencion del Criador: en vez de ofrecer el dorso á su señor, le presentaba y sostenía el estribo. En la edad media, los grandes se complacian en exigir de sus rivales humillados esta señal de servidumbre: los emperadores de Alemania tuvieron el estribo al Papa, y Enrique II de Inglaterra, cuando alimentaba contra Tomás Becket el odio mas cruel, creyó complacer á la cabeza de la Iglesia con semejante accion de respeto.

El uso de la silla se menciona por la primera vez en términos precisos y exactos: en un edicto del emperador Teodosio (385), se ve tambien que los que tomaban los caballos de posta usaban por lo comun sus sillas propias. El edicto prohibía á los viajeros el usar silla que pesasen mas de setenta libras. Estos enormes aparejos deberían parecerse mas bien á los que se colocan sobre el dorso de los elefantes que á la silla ligera y elegante de nuestros dias.

La silla para montar los señores es de invencion, comparativamente, reciente: la primera que se vió en Inglaterra se hizo para la reina Ana Bolena, esposa de Ricardo II; y es probable se pareciese menos á la que se usa en el dia, que á las especies de jamuas muy bajas que se fijaban en la grupa del caballo, detras de la silla, ocupada por un ginete que dirigía la cabalgura, mientras que la señora, sentada en las ancas, se agarraba y sostenía en el cinturon que aquel llevaba, ó pasaba el brazo al rededor de su cuerpo para caminar con mas seguridad.

El uso de herrar á los caballos es mucho siglos posterior á la domesticacion de dichos animales, y la necesidad de proteger sus cascos no se hizo sentir hasta que los caminos se calzaron y las calles se empedraron, haciéndose esto mas general que lo habia sido antes. Lo primero que se hizo fué imitar al calzado del hombre; una especie de sandalia de esparto, de cáñamo ó de cuero. El pródigo Neron hizo calzar de plata sus caballos y sus mulas, y la emperatriz Pompeya empleó el oro para igual objeto. Dichas sandalias eran poco seguras, se quedaban por lo comun entre el barro, así es que por lo general no se ponían en los pies de los caballos, sino en los puntos mas malos del camino. Parece que protegían per-

fectamente al casco, así es que cuando el sitio de Cyrica por Mitridanes, en su primera guerra contra los romanos, se vió en la precision este príncipe de enviar toda su caballería á Bitinia, porque los cascos de los caballos estaban enteramente desgastados.

Aquí, lo mismo que en la silla sin estribos, cuesta trabajo concebir cómo los hombres han podido continuar por el espacio de mas de mil años atando por medio de cuerdas y vendajes, placas de metal en la parte inferior de los cascos de sus caballos y no hayan pensado, al ver la insuficiencia de tales medios, en fijar con clavos estas mismas placas.

Las diversas aplicaciones del caballo, exigen variedades correspondientes en sus formas y proporciones. Los caballos empleados para el tiro pesado son muy diferentes á los de silla y corredores.

En estos últimos debe residir su fuerza principal en el tercio posterior para sostener al animal en el galope y empujarle hácia adelante, pues en tal caso la poca elevacion del tercio anterior no sirve mas que para facilitar y acelerar el movimiento de toda la máquina. El galgo, el corzo, el reno tienen los remos de atrás mas largos que los de delante, lo mismo que las liebres y los canguros, cuya carrera es una sucesion de saltos prodigiosos. El célebre caballo inglés llamado *Eclipse*, que jamás fué vencido en las carreras, era muy bajo de delante y alto de atrás; tenía la conformacion del ciervo. Ya que hemos citado este corredor sin rival, creemos no disgustará el que demos algunos pormenores de su historia, mucho mas siendo un caballo citado por todos los autores hipicos y por todos los aficionados.

El caballo *Eclipse* fué criado por el duque de Cumberland y vendido, á su muerte, á Wildmann, tratante en ganado lanar, en el precio de 75 guineas (cada guinea equivale á cinco pesos.) El coronel Okelly tomó parte con Wildmann en la compra del caballo, y al año siguiente, cuando la reputacion de tan precioso animal estaba en su apogeo, quedó por único propietario dando á su asociado 1,100 guineas.

Lleno de confianza por los recursos de su caballo, Okelly aceptó desde su primera carrera en 1769 todas las apuestas hechas contra él. Esta circunstancia escitó la curiosidad de los aficionados: se calculó que el coronel debía tener algun motivo extraordinario para arriesgar sumas considerables por un caballo cuyo nombre era hasta entonces totalmente desconocido. Algunos quisieron ser testigos de una de sus pruebas, que el dueño, por su parte, tenía interés en ocultar todo lo posible.

Llegaron un poco tarde al sitio, pero encontraron á una mujer de edad que les informó de lo que ansiaban saber. Habiéndola pre-

guntado que si había visto una carrera, contestó que ella no podía decir si era ó no una carrera, pero que acababa de ver pasar un caballo con una pata blanca como si fuera un rayo, y otro caballo mucho mas atrás, procurando alcanzarle; pero que estaba bien segura que no lo conseguiría jamás, aunque corriera hasta el fin del mundo.

Ganada la primera tentativa, y habiendo notado Okelly que su jockey había refrenado al *Eclipse* en toda la carrera, apostó á que indicaba de antemano el orden por el que estarían colocados los caballos al terminar la segunda carrera. Esta indicacion parecia tan extraordinaria, que hicieron contra él multitud de apuestas.

Precisado á decidir, respondió: "*Eclipse* el primero y los demas fuera de carrera, en ningún punto." El resultado justificó su predicción, porque los competidores del *Eclipse* quedaron tan detrás de él, que se les conceptuó por todos fuera de carrera, tal fué la ventaja que les sacó.

El valor del *Eclipse* y de su progenitura debe tener alguna cosa de fabuloso. Fué el padre de 354 vencedores, que ganaron á sus dueños mas de 160,000 libras esterlinas, independientemente de las alhajas que alcanzaron en los premios. Hacía ya diez años que el *Eclipse* no corría, y habiendo preguntado á Okelly cuanto queria por él, dijo al principio que no le vendía; mas luego pidió 25,000 libras esterlinas al contado, una renta vitalicia de 500 libras,

y ademas otras ventajas. Esta proposicion, en apariencia extraordinaria y exorbitante, dió origen á muchos comentarios, y declaró que el *Eclipse* le había dejado ya un beneficio de mas de 25,000 libras esterlinas y que todavía era bastante jóven para ganar el doble de esta suma.

Resulta de lo dicho anteriormente que existen diversos tipos de perfeccion para la figura ecuestre, y que una descripción general que abrazara todos estos tipos, sería por necesidad demasiado ambigua. Es digno de notar el que se deba á Terencio Varron, que escribió unos 70 años antes de la era cristiana, una de las mejores descripciones conocidas del caballo, pues entre otras cosas, que sería prolijo referir, dice: "Se puede esperar mucho del potro que, corriendo en los pastos, se manifiesta ambicioso de adelantar á sus compañeros, y si al llegar á un rio se mete el primero. Debe tener la cabeza pequeña, los remos compactos, las narices anchas lo mismo que el pecho, las espaldas planas y oblicuas, riñon fuerte, corvejones rectos, rodillas anchas, cascos duros y sólidos, venas gruesas y palpables, etc."

La naturaleza ha designado á muchas especies de animales, ciertos límites geográficos, que influyen sobremanera en su desarrollo y corpulencia, y hasta en sus caracteres instintivos, y de aquí las diversas razas de caballos y demas animales que naturalmente se poseen.

SENTENCIAS, MACSIMAS Y PENSAMIENTOS.

La vida humana es semejante á un camino cuyo paradero es un espantoso precipicio: desde el primer paso se nos advierte: mas la sentencia está dada; es necesario adelantar siempre. Quisiéramos empezar de nuevo, pero es imposible, una fureza desconocida, un peso invencible nos arrastra; es preciso avanzar sin descanso hácia el precipicio. Mil contratiempos, mil penas nos fatigan é inquietan en el viage; sin embargo ¡si se pudiese evitar este fatal precipicio! No, no, es preciso marchar, es preciso correr, tal es la rapidez de los años. Nos consolamos, porque de tiempo en tiempo, se encuentran objetos que nos divierten. Quisiéramos detenernos y vernos caer todo lo que había pasado. ¡Fracaso horrendo, inevitable, ruidoso! ... Nos divertimos cogiendo al paso algunas flores que se deshojan en nuestra mano de la mañana á la tarde, algunos frutos que perdemos en el momento de gustarlos.... Cuántos, siempre arrastrados, se precipitan al golfo....! Ya todo comienza á borrarse; los jardines menos florecidos, las flores menos brillantes, sus colores menos vivos, las praderas menos risueñas, las aguas

menos claras, todo se deslustra, todo se borra, la sombra de la muerte se presenta; comencemos á conocer la aproximacion al golfo terrible, pero es preciso llegar á su orilla.... Ya el horror turba los sentidos, la cabeza se desvanece, la vista se extravía, es preciso marchar.... Deseamos aun volver atras... no hay medio; todo ha caído, todo se ha desvanecido y huido!..... *Bonsseut*.—(Traducido para *El Almendares*, por la señorita Doña Rafaela V.)

Para que comprendamos los verdaderos placeres, necesitamos haber padecido. La delicadeza de nuestras sensaciones, se aumenta con las lágrimas que hemos derramado.—*Felicia*.

El precio de la virtud es ella misma. La dificultad de los tiempos es ley de la naturaleza.

Quítanos la vergüenza de pecar la multitud de los que pecan.

El tiempo no tiene poder sino sobre las horas, ninguno sobre las almas.—*Séneca*.

TROPICAL.

A CELIA.

Bajo un mamey frondoso
lleno de frutos,
la historia de los Incas,
leeremos juntos.
Y tú sensible
llorarás mientras leo,
pues es bien triste.

Saltarán por las ramas,
mil tocoloros,
de variados plumages,
bellos y hermosos.
Y el azulejo
ligero pajarillo,
color del cielo.

Te arrullará el sinsonte
con dulces trinos,
clavando entre los frutos
su lindo pico.
Y el carpintero,
trabaja en las ramas
del cocotero.

Cuando oigas de Telasco
la triste historia,
quizá cante en tu oído
doliente tórtola.

Porque las aves,
adivinan las penas
de los mortales.

Compadece á Amacilis
cuando en las olas
apagó para siempre
sus penas todas.

Amor divino,
á quien pocos cantaron
y está en olvido.

Era Celia; tan bella,
la hermosa india,
como bella una palma
que el viento riza,
Pura, inocente,
á un amor consagrada,
buscó la muerte.

El indio era gallardo,
salvaje atleta,
altiva la mirada,

firme y serena.

Pero lloraba,
pues su amor era puro,
hijo del alma.

Ellos no se mentían,
que eran salvajes,
y la verdad se olvida
con ilustrarse.

Por eso nunca
el dardo de los celos
les dió tortura....

Suspiraban llorando
lleno de amores,
y exhalaban en ellos,
risas y flores.

Y en sus piraguas
se arrullaban cantando
sobre las aguas.

Una noche dormida
quedó en sus brazos,
solo un beso en la frente,
le dió Telasco.

Cuando un rugido,
desde un cercano bosque
sorprendió al indio.

Alzó la altiva frente
y vió lejano,
dos ojos que brillaban
cual fuego fátuo.

Era una fiera,
un indomable tigre,
que los acecha.

Sobre la fresca yerba
puso á la hermosa,
y su espada de piedra
sin miedo toma.

Lo mira altivo
y mas feroz que el tigre
parece el indio.

El rey de aquellos bosques
su piel encrespa,
y enconada las uñas
ruje y espera.

Mas dando un salto
del indio lo separa,

solo dos pasos.

La espada formidable
mira hácia el cielo,
y á un golpe de su brazo
cayó al momento;
Y en su caída
tocó con una roca,
lanzando chispas.

La poderosa fiera
se alza sañuda
y el pelo de Telasco
cae en sus uñas.

Pero al momento
la formidable espada
hiende su cuerpo.

Un ruido espantoso
da en su caída,
pues en él ha exhalado,
toda la vida.

Ella despierta
y un beso de Telasco,
su alma serena.

La piel era amarilla
con manchas negras,
la que usaba Telasco
siempre en la guerra.

Con ella misma
cual siempre valeroso,
perdió la vida.

Del Perú en las costas
dicen que brillan,
dos luces por las noches
que andan unidas.

Y son las almas
de los tristes amantes,
que juntas vagan.

Hoy mi lira á tu oído
de esta memoria,
que no la olvides nunca,
solo ambiciona.

Tiernos amantes,
dejad que con mi lira
llorando cante.

RAFAEL OTERO.



RASGO BIOGRAFICO

de la ilustre poetisa camagüeyana ESCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA,
viuda de Sabater, escrito por ella misma.



N el año de 1816 nací en la ciudad de Puerto-Príncipe, capital de la provincia central de la isla de Cuba. Mi padre, don Manuel Gomez de Avellaneda, capitán de navío de la armada nacional, había ido á ejercer en aquella ciudad el cargo de Comandante militar de Marina, y casó allí con mi madre doña Francisca de Arteaga; jóven de una de las primeras familias del país, y notable ya por su viva inteligencia. Murió mi padre cuando aun no había cumplido yo siete años, siendo la mayor de los dos hijos que le sobrevivieron; y algun tiempo despues, mi madre, que quedaba viuda, jóven todavía, hermosa, y mas que medianamente acomodada, contrajo segundas nupcias con el coronel Escalada, español tambien como mi difunto padre. Desde muy niña trabajaba en mi espíritu la idea de trasladarme al antiguo mundo.

Los primeros dias de mi existencia se habían desarrollado, por decirlo así, al fuego del amor pátrio que animaba á mi padre, y mi tierna imaginacion guardaba, con todo su calor, las bellas descripciones de la Andalucía, con que arrullaba mis sueños infantiles. Mi padre, suspirando sin cesar por volver á su amado suelo, había muerto rogando á mi madre que no dejase sus hijos en aquella isla, y aquel voto del corazón paterno, y aquel entusiasmo por el hermoso país de sus ascendientes, había llegado á mi alma casi al mismo tiempo que las primeras luces del pensamiento. Aun no tenía nueve años y ya escribía apasionados versos, que tenían por objeto las amenas orillas del Guadalquivir y las hazañas de mis abuelos en aquellas regiones afortunadas, donde yo imaginaba reunido todo lo grande y todo lo bello que existe en el universo. Apenas entraba en la pubertad, mi familia trató para mí un casamiento ventajoso por todos conceptos, mas tan vivo y constante era mi anhelo de venir á España, que, resistiendo á los ruegos de las personas mas queridas, y hasta á los impulsos de mi propio corazón, reusé formar cualquier vínculo que fijase mi suerte en el país de mi nacimiento. La naturaleza me había dotado de energía, de carácter, y nada pudo ni entonces ni mas tarde, vencer la firme resolución que había tomado de no contraer lazos que pudieran encadenarme para siempre lejos de la tierra de mis mayores, bajo otro sol que aquel que había alumbrado la cuna de mi padre, á cuya memoria consagré siempre una veneracion casi fanática.

Ninguna otra observacion notable puedo hacer respecto á los primeros años de mi vida, sino aquel amor ardiente por la España que ha hecho mi destino. Mi gran placer y única afición en aquella época, era representar tragedias con otras muchachas de mi edad. Desde muy niña hacía versos, y aun novelas, que tenían por protagonistas gigantes y vampiros; pero mi pasión era el teatro. En vano mi madre empleaba hasta el rigor para hacerme aprender el dibujo y la música, á que era ella muy aficionada: en vano se me daban maestros de geografía, de historia &c., yo era escesivamente perezosa y desaplicada: de todo me cansaba; solo me dedi-

caba con gusto á aprender el francés, para declamar enfáticamente escenas de Racine y de Corneille. Una circunstancia hubo que llevó hasta el delirio mi entusiasmo por el teatro. Tratábase en Puerto-Príncipe de establecer un colegio gratuito para enseñanza de los huérfanos pobres, y se trató de comenzar á reunir los fondos necesarios á tan piadoso objeto por medio de comedias y operetas representadas por jóvenes de las primeras familias en el teatro público, dando á sus localidades valores escesivos. Realizóse este pensamiento extraño, y yo fui escogida para primera actriz cuando se trató de la ejecución de una tragedia, que fué el *Abúfar de Ducis*, traducida por Heredia. Llena de gozo y de entusiasmo comencé á estudiar mi difícil papel, y el éxito extraordinario que alcancé en su desempeño, los elogios que toda la prensa cubana me prodigó con aquel motivo, los versos que se hicieron en mi alabanza, y la fama de artista trágica que cobré en mi país, por poco me trastornan el juicio. No recuerdo haber experimentado igual placer en todo el curso de mi vida, ni haber sentido tan fuerte fé en mi talento y el porvenir de gloria que él me prometía. Desde entonces mi amor al teatro se hizo una pasión absoluta. Mi familia llegó á concebir temores, y mi madre me prohibió severamente volver á tomar en mis manos ninguna obra dramática. ¿Pero de qué servía aquella privacion? No teniendo tragedias que leer, yo comencé á crearlas. Improvisaba con mis amigas tremendas escenas de pasión, de muerte, y mas de una vez me posesionaba de tal modo, que despues de uno de aquellos exabruptos poéticos, caía en cama con calentura.

Había cumplido 18 años, y escepto leer, escribir y representar tragedias, nada sabía. Todos los desvelos de mi madre por hacerme progresar en la música y el dibujo, no habían podido llevarse mas lejos que á tocar de memoria algunos wals, á cantar algunas árias de Rossini con mas espresion que arte, y á pintar mal algunas flores. Mi maestro de aritmética me había declarado incapaz de conocer los números: mi profesor de gramática decía que era imposible hacerme comprender una sola regla; en fin, cuantos se habían encargado de mi educación, parecían convencidos de mi inaptitud para todo; y sin embargo, yo escribía y hablaba con mas corrección de la que es comun en mi país, y no obstante mi natural desidia para aprender, tenía sed ardiente de saber, y leía mucho, y pensaba mucho. Por aquel tiempo agitábase en el seno de mi familia una cuestion importante para mi porvenir.

Mi padrastro, lo mismo que mi padre, ardía en deseos de volver á España, mi madre, apegada al país de su nacimiento y á sus hábitos de criolla, combatía energicamente su resolución de vender los bienes que poseíamos en la isla para establecernos en la metrópoli. En aquella lucha doméstica, yo tomé el partido de mi padrastro, y decidí su victoria. En 1836, mi buena madre dió con dolor un adiós eterno á la hermosa tierra de su cuna: yo había conseguido por fin el constante anhelo de mi corazón; mas al dejar para siempre aquellos lugares de mi infancia, á los objetos de mis primeros afectos, al sepulcro sagrado de mi padre, sentí nublarse mis bellas esperanzas, llenarse de amargura mi corazón.

Era una hermosísima noche del mes de abril del año de 1836, cuando de pié sobre la cubierta de la fragata *Bellochan*, que zarpaba de la bahía de Santiago de Cuba para emprender su rumbo hacia la Francia, resonando todavía en mis oídos los tiernos adioses de mis amigos que se volvían á tierra en botes y lanchas, y los

dolorosos suspiros de mi madre, á par que las alegres canciones de los marineros franceses, que desplegaban las velas á los suavísimos soplos de las brisas tropicales, compuse, ó mejor dicho, improvisé el soneto á Cuba que encabezó mi primer volumen de poesías, publicado en Madrid cinco años despues, alcanzando la honra de que un gran poeta y escelente crítico, el Esmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego lo calificase "por uno de los mejores de nuestro parnaso."

Sin embargo, todo el dolor de mi pecho al dejar á Cuba, todo el acrecentamiento de ternura hácia los amigos que abandonaba, no impedían que mi alma se dilatase á medida que el buque avanzaba en la inmensa llanura del Océano, y la poesía se despertaba enérgicamente en todo mi ser, revelándome rápidamente sus misteriosos placeres. Todos padecían de aquel horrible mal que llaman mareo; yo sola me hallaba fuerte y sana en medio de los pasajeros. El aire de los mares parecía ser mi elemento, mi vida se aumentaba allí donde mi vista no alcanzaba límites ni en el cielo ni en las aguas. Dos grandes tempestades nos pusieron en peligro de naufragar, entre el espanto general yo declamaba con énfasis, á la luz de los relámpagos, estos versos del Homero americano:

"Al agitarse el huracan furioso;
al reventar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé."

Heredia.

En efecto, las escenas magníficas de la naturaleza, aun en su aparente desorden, siempre han ejercido un encanto indecible en todo mi organismo. Nunca me han complacido tanto los paisajes risueños, los lagos cristalinos, las alboradas de la primavera, como el espectáculo de un país agreste y montañoso, los mares irritados, las tormentas de una profunda noche. Hay algo en mi naturaleza que simpatiza con lo terrífico; yo no sabré expresar lo que es; pero entrego esta observación á los biógrafos.

Durante mi permanencia en Francia, escribí unas páginas sobre Montesquieu, cuyo castillo de la Breda tuve ocasión de visitar estando en Burdeos. Aquellas páginas se perdieron en mi viaje á España. También comencé por entonces mi novelita *Sab* que me ocupaba en ratos de ocio. Trasladada luego con mi familia á Galicia, patria de mi padrastro, residí un año en la Coruña y escribí en dicho tiempo algunas composiciones poéticas. Luego pasé con mi hermano á Portugal y de allí á Andalucía á visitar á los parientes de mi padre. Las vivas y dulces emociones que yo me prometía á la vista de aquellos lugares tan queridos, fueron asaz debilitadas por circunstancias tristes y para mí inesperadas. ¡Oh! yo tenía un mundo en mi cabeza que no era el mundo real. La vida y los hombres no se me daban á conocer tales cuales yo los imaginaba. Empezaba ya á padecer. Se inauguraba para mí en aquella época una situación penosa y sin poesía, de la cual no me es dado dar hoy los dolorosos pormenores. En mala armonía con mi padrastro, privados por lo tanto de volver al lado materno, sintiendo que nuestra permanencia en Andalucía nos esponía á otra lucha doméstica para la cual no íbamos preparados, mi joven hermano y yo nos vimos súbitamente entregados á nosotros mismos, si bien no aun en la posesión de nuestro patrimonio, y en guerra, por consiguiente, contra necesidades materiales é incesantes, que hasta entonces ni aun habíamos soñado posibles.

Residí á veces en Sevilla, á veces en la villa de Constantina, donde estaba nuestra casa solariega, aunque siempre triste, siempre disgustada de la realidad de la vida, siempre desconfiando ya de un porvenir que se me presentaba ántes tan risueño; cultivaba la poesía, y puedo asegurar que la debí inefables consuelos. Mi madre, no pudiendo vivir sin sus hijos mayores, fué á reunírsenos

en Sevilla, y esta circunstancia, que pudo ser favorable, se convirtió en nuevo origen de disgustos. La paz había huido de nuestro hogar, y yo no tenía la necesaria prudencia para conducirme, en las difíciles situaciones en que me colocaban, por un lado las escigencias conyugales de mi padrastro, justas ó nó, pero opuestas á los votos de mi madre y á los míos, y por el otro las residencias entre mis parientes paternos, á causa de cuestiones de intereses á mi parecer mezquinos. En fin, el año de 1840 me decidí á venirme á Madrid en compañía de mi hermano, y la muerte de mi tío, único hermano de mi padre que le había sobrevivido, y del cual heredamos una pequeña fortuna, nos facilitó los medios de realizar nuestra determinación.

Vine, pues, á Madrid. Antes y durante mi permanencia en Andalucía, habían ya publicado varios periódicos muchas de mis composiciones poéticas, á las que había debido una lisonjera carta del distinguido poeta Lista, en la cual me saludaba como poeta, y me presagiaba grandes triunfos literarios. Conservo aquella benévola espresion del talento bondadoso de D. Alberto Lista, y la he leído muchas veces con vivísima emoción y casi con orgullo. También había puesto en escena el teatro de Sevilla un drama mio, titulado *Leoncia*, y su écsito fué muy superior á su mérito y á mis esperanzas. En fin, había concluido mi novela *Sab*, y la había dedicado á Lista en señal de mi gratitud por su benévolo juicio respecto á mis versos. Una carta de recomendación suya me proporcionó, apenas llegué á esta corte, el conocimiento del Sr. de Gallego, cuyos consejos debían serme tan útiles, cuya constante amistad me será en todo tiempo preciosa. El conocimiento con tan ilustre escritor me proporcionó también el de los Sres. Duque de Frias, Quintana, Vega, y otros hombres célebres de nuestra literatura contemporánea. Entónces el amor á la poesía tomó en mí mayor intensidad, y aunque los disgustos domésticos se renovaban, y aunque mi posición no era todavía tan independiente como deseaba, y me asaltaban prosáicas inquietudes, con todo, me dediqué con ardor al estudio, que hasta entónces había descuidado. En 1841 se imprimieron mi novelita *Sab* y la colección de mis composiciones líricas. En aquel año también alcanzaba yo mi suspirada mayoría, y declaraba á mi familia que no había poder en el mundo que me hiciese renunciar á mi destino de poeta. La suerte estaba echada y mi resolución irrevocablemente decidida.

El liceo de Madrid me acogía entre sus socios de literatura como ya antes lo habían hecho los de Granada, Málaga, Sevilla, &c., D. Juan Nicasio Gallego honraba mi volumen de poesías con un prólogo escrito de su mano, en el cual me prodigaba aquel severo crítico los mas honoríficos elogios. D. Manuel José Quintana me escribía una afectuosa carta diciéndome que había leído mis versos *con un placer que hacía mucho tiempo no sentía, y á veces con admiración y asombro*; el duque de Frias me alentaba con su sufragio; el Sr. Pastor Díaz publicaba un notable escrito en el cual se juzgaban mis débiles ensayos de una manera asaz gloriosa para ellos; y por último, para que todo contribuyera á encender mi juvenil entusiasmo, y á darme fé en mi capacidad, la maledicencia y la ignorancia comenzaban á tomarme por blanco de sus tiros.

No era menester tanto. Yo me sentía fuerte; yo tenía un instinto harto desarrollado para amar los obstáculos y gozarme en la lucha. Tomé denodadamente mi puesto y jamás lo he abandonado.

En 1842 aumenté mi colección poética con varias composiciones insertas en periódicos y con otras inéditas todavía. También escribí por entónces la novela titulada *Dos mugeres*. En 1843 comencé la tragedia de *Alfonso Munio*, y enriquecí todavía mas mi colección lírica con varias composiciones sueltas. En 1844 se estrenó con extraordinario écsito *Alfonso Munio*, y le si-

guió inmediatamente el *Príncipe de Viana*, que obtuvo también lisonjeros aplausos. En el mismo año publicaba *El Globo* la novela titulada la *Baronesa de Youx*, y el *Laberinto*, al *Espatolino*. En 1845 alcancé los dos premios del certámen público celebrado por el Liceo; publiqué en *El Heraldo* la novela *Guatimozin*, di al teatro *La Egilona*, y dirijí un periódico de literatura.

En 1846 contraje matrimonio con el Esmo. Sr. D. Pedro Sabater, jefe político de Madrid, y en el viage que hice con él á Francia tuve ocasion de tratar á algunos de los mas célebres escritores franceses, y mi tragedia *Saul*, que ya ecsistia inédita, leida por algunos de ellos, obtuvo notables elogios en varios periódicos de Paris. La *Semana* dijo de ella que era, segun juicio de inteligentes, una obra que haría época en la literatura española. La *Epoca* hizo mencion honorífica. Otro periódico político, dirigido por el aventajado crítico Señor *Durrieux*, la calificó de *Obra Maestra*.

Sin embargo, la pérdida de un esposo querido, el rápido desvanecimiento de una felicidad apenas comenzada, sumió mi espíritu en un desaliento que no era fácil sacudir, y en todo el año de 47 nada escribí, escepto un Devocionario, que adquirió, y no ha publicado aun, la empresa de la *Publicidad*, y alguna que otra composicion lirica, todas religiosas. Otro tanto sucedió en 1848; *Saul* dormía olvidado é incorrecto todavía en el fondo de mi papelera, de donde salió en 1849 para el teatro Español, recientemente inaugurado. A pesar de la gravedad de su argumento, de la impopularidad del género á que pertenece, y de otras mil circunstancias que no le eran favorables, esta obra alcanzó éxito, y todos los periódicos de algun crédito la han juzgado digna de la fama que precedió á su aparicion en la escena.

En el mismo año de 49, di para el *Semanario* la novellita *La velada del Helecho*, ó el *Donativo del Diablo*, y completé con varias poesías líricas un segundo tomo de versos, que debe ver en breve la luz pública. Asimismo corregí y aumenté el primer volumen ya publicado purgándolo de algunas composiciones que juzgué indigna de figurar en él.

El comité de censura del Teatro Español aprobó por unanimidad un drama que le presenté titulado *Recadero*.

Conservo por ornato de mi modesta habitacion, cuatro grandes urnas de cristal, que contienen algunas de las muchas coronas con que el público y el Liceo han premiado mis esfuerzos, y me ocupo actualmente en escribir una novela titulada *La Ondina del lago azul*, ó *los merodeadores del siglo XV*, y otra de menores dimensiones que destino al *Semanario*.

Es cuanto puedo decir de mi vida literaria. De mi carácter, si se quiere indicarlo, diré, co igual franqueza, que no peca de dulce. He sido en mi primera juventud impetuosa, violenta, incapaz de sufrir resistencia. En el dia está quebrantado mi carácter; soy menos irritable, y tambien he perdido el entusiasmo, que era su base. Mis escritos, dicen muchos, que revelan mas imaginacion que corazon: yo no lo sé; pero creo que tengo, ó al menos he tenido, grandes facultades de sentimiento, si bien confieso que siempre con mas pasion que ternura. Don Juan Nicasio Gallego ha dicho de mis poesías que nada indicaba en ellas la blandura de una fibra femenil y la languidez de una hija de los Trópicos: que sus calidades sobresalientes eran la altura y energía de los pensamientos, y el varonil vigor de la espresion. Otros criticos han dicho tambien que yo no era poetisa, sino *poeta*: que mi talento era eminentemente varonil. Yo creo que no es exactamente verdad: que ningún hombre vé ciertas cosas como yo las veo, ni las comprende como yo las comprendo; pero no niego por esto que siento que hay vigor en mi alma y que nunca descolle por cualidades femeninas. Mis amigos saben que soy sincera hasta rayar en indiscreta; mis enemigos que soy indulgente hasta pecar en desdeñosa; mi familia, que soy desinteresada hasta dar en ser tachada de un vicio opuesto á la codicia; y yo sé mejor que nadie que soy defectuosísima. Un carácter exaltado que se cansa fácilmente; un orgullo que nada se parece á la vanidad; una pereza que se asocia admirablemente con la actividad de espíritu mas febril; un tedio profundo que queda en el fondo de todo esto... tales son los rasgos que puedo dar para que el talento del biógrafo deduzca de ellos si soy digna ó no de que se ocupe en consiliarlos para hacer mi retrato moral.

Gertrúdis Gomez de Avellaneda.

SU RETRATO.

Tiene la prenda, á quien rendido adoro,
Negros los ojos, celestial la frente,
Cuello de cisne, la mirada ardiente,
Modelo fiel de virginal decoro.

Acento suave, dúlcido y sonoro,
Blanco el seno, bellissimo y luciente,
Y una boca que muestra sonriente
De diamantes y perlas un tesoro.

Para ser mas perfecta su hermosura
Luce á torno su brazo nacarado,
Flexible como el junco su cintura;

Esbelto pié, pequeño y delicado,
Tiene un alma dotada de ternura
Y un corazon de fuego apasionado!

FÉLIX FAURA.

SONETO.

Si late el corazon adolorido
Por verme de mi Claura ya olvidado;
Si despues de haber sido tan amado
De ella misma me encuentro aborrecido:

Si no logra mi aliento ya abatido
Apagar con el llanto que he regado
En mi pecho infeliz y lastimado
Un amor por mi mal tan encendido,

¿Qué me resta ¡oh dolor! sino amargura,
Pues el hado fatal hoy me condena
A que olvide su célica hermosura?

Morir, y nada mas, que la cadena
Con que á entreambos unió la llama tan pura,
La muerte solo romperá sin pena.

Z....

RAMILLETE.

Cumpliendo con mi gratísimo deber, queridísimas lectoras de **EL ALMENDARES**, voy á daros cuenta de lo poco que llama hoy la atención de nuestra ciudad, y de lo cual, como siempre, estais ya enteradas mas que suficientemente por los periódicos diarios, verdaderas vorágines que todo lo abarcan, sin dejar nada que tenga algun interés para los de literatura.

Ya sabeis como se ha acogido la zarzuela en tres actos titulada **JUGAR CON FUEGO**, que es original de don Ventura de la Vega, y el furor verdadero que ha causado, llenando enteramente el gran teatro de Tacon cuantas veces se ha ofrecido. Al ver esto **EL ALMENDARES**, ha querido presentaros en la lámina de esta entrega la gran escena final del segundo acto, bellamente comprendida y desempeñada por el inteligente señor de Landaluce, como podeis ver, pues casi todas las figuras son verdaderos retratos de los personajes, con especialidad el del *Marqués de Caravaca*, que es talmente la cara con que se presenta el señor Ruiz en la bonita zarzuela de don Ventura de la Vega. **EL ALMENDARES** ha querido ofrecerlos, queridísimas lectoras, esa gran escena de **JUGAR CON FUEGO** en la lámina litografiada de esta entrega, porque sé bien cuan complacidas habeis de quedar de esta manera.

Tambien ha llamado mucho la atención en estos dias que ha pasado la interesantísima corrida de toros por aficionados, en que Sagües, Crespo, Reboult y Lecompte quedaron tan perfectamente bien, y en que Montalvo (José, Maria) se portó como *too un jembro é la tierra é la piña*, plantándole siete picas al toro que no había mas que ver. ¡Magnífico, Pepe! Asistieron á la corrida porción de muchachas lindísimas, que llenaban todos los palcos y aun algunos sillones, todas vestidas con el mayor gusto, y siendo el consuelo y el encanto de cuantos llenaban la plaza, que no se causaban de mirarlas y celebrarlas.

El jueves de Corpus Christi tuvo efecto, por la mañana muy temprano, la solemne procesion del Santísimo Sacramento, con la mayor pompa, habiendo asistido á ella todas las Autoridades Superiores de la Isla, las primeras corporaciones, multitud de gefes y oficiales, y personas de la mas alta distincion de esta ciudad, viéndose ventanas y balcones atestados de señoras y caballeros. Para las ocho ya había concluido la procesion, y se retiraron las tropas que estaban tendidas en todas las calles de la carrera.

En el bien pintado y lindo **TEATRO DE VILLANUEVA**, está hoy el tan celebrado mágico alemán Herr Jocko, dando funciones todas las noches, aunque no llamando mucha concurrencia á ellas, porque verdaderamente no ofrece

grandes novedades; se le aplaude, se celebra, pero nada mas.—Se debe marchar muy pronto á recorrer toda la isla, en cuyo paseo ganará, sin duda, muchos pesos.

De temporada, queridísimas lectoras y hermanas mías, tan solo os diré que Guanabacoa es la reina y la señora, como siempre ha sido; que en ella habrá bailes, paseos, gallos, correrías y otras diversiones, y que ya vereis como se pasa el tiempo lo mas agradablemente posible.

Ahora adios, hasta la próxima entrega, que será muy pronto. Adios, lindísimas, y contad siempre con el fino y constante cariño de quien se complace en repetirse una y mil veces de vosotras eterno, y rendido servidor, amigo y admirador. Adios.

Solucion de los geroglíficos de la entrega séptima.

Señor D. Ildefonso de Estrada y Zenea.—Muy señor mio: Los geroglíficos que contienen la séptima entrega de ese periódico, tan simpático y apreciable que usted dirige, creo, salvo yerro, sean lo siguientes:

1º “La piña es la reina de las frutas de América (ó India).”

2º “La muger honesta, es atendida siempre.”

Siendo así, espero de su bondad se sirva colocar esta solucion en el próximo número.

Sin mas se repite, como siempre, su atenta y S. S. S. Q. B. S. M.—*Eloisa Mariscal.*

GEROGLIFICO.



LUNES.



MARTES.



MIERCOLES.



JUEVES.



VIERNES.



SABADO.



DOMINGO.

IMPRESA DE ANTONIO MARÍA DAVILA.

EL ALMENDARES.

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



Lito de Tib. V. Cuesta O'Reilly n° 8.

TRAGES DE TEMPORADA.